

La alegría en el Señor

Joy in the Lord

Mons. Angelo Accattino

Resumen

Se presenta una de las propuestas centrales del magisterio de Papa Francisco: la alegría como fuerza para la evangelización. Se realiza un breve recorrido de algunos textos centrales de la Biblia que presentan la imagen de Dios en su infinita bondad que desea nuestra felicidad. La promesa se cumple con la llegada del Mesías, quién anuncia la Buena Nueva que transmite de la alegría del Reino hasta alcanzar la paradoja de la Cruz. Finalmente se retoma el tema de la alegría en tres exhortaciones del Papa Francisco: *Evangelii Gaudium, Amoris laetitiae y Gaudete et exsultate*.

Abstract

One of the central proposals of Pope Francis' magisterium is presented: joy as a force for evangelization, as seen in some central texts of the Bible that present the image of God as infinite goodness who desires our happiness. The promise is fulfilled with the arrival of the Messiah, who announces the Good News that transmits the joy of the Kingdom and reaches the paradox of the Cross. Finally, the theme of joy is taken up again in three exhortations of Pope Francis: *Evangelii Gaudium, Amoris laetitiae and Gaudete et exsultate*.

Palabras clave

Magisterio – Papa Francisco – alegría – gozo – felicidad – evangelización

Key words

Magisterium – Pope Francis – joy – delight – happiness – evangelization

La alegría en el Señor

Mons. Angelo Accattino
Nunciatura, La Paz

Me alegra mucho poder estar con ustedes participando en el Simposio anual que auspicia esta Facultad Teológica “San Pablo”, en el cual se ha tomado como punto central el Magisterio del Papa Francisco, que es eminentemente espiritual, sin dejar de ser muy centrado en la vida común de los cristianos: sencillo y familiar, pero al mismo tiempo firme y seguro en lo que de esencial tiene la enseñanza de la Iglesia.

Agradezco de corazón la invitación y, con sencillez y cariño, comparto con ustedes algunas reflexiones sobre el tema que me señalaron: “La alegría en el Señor”, tema muy cercano al corazón de nuestro querido Papa Francisco, y seguramente central en la vida de cada creyente.

Es interesante tomar el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* (2005), y detener nuestra atención en el primer artículo: “Dios infinitamente perfecto y bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para hacerlo partícipe de su vida bienaventurada [...] y heredero de su eterna bienaventuranza”. Por tres veces se encuentra subrayada una situación de felicidad.

Partir de este punto es evidenciar a todas luces que el hombre, creado por un Dios bienaventurado en sí mismo, lleva en su ser el gozo, la dicha, la felicidad, porque fue creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26), porque en su ADN lleva escrito: soy hijo adoptivo de un Dios bienaventurado en sí mismo. Como bien afirma el Santo Padre Francisco: “La palabra «feliz» o «bienaventurado» pasa a ser sinónimo de «santo», porque expresa que la persona que es fiel a Dios y

vive su palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha” (*Gaudete et Exsultate* [2018] 64).

No es necesario retomar las páginas del Génesis para recordar cómo el hombre no pasa la prueba de la libertad y reniega de su estado de criatura feliz, pierde la gracia de la santidad y de la justicia, se demarca del designio de su Creador y experimenta lo que es la desdicha, el dolor, la muerte.

No se da por vencido Dios en su infinita bondad y amor por el hombre, y algo de ello se deja entrever en Gen 3,15, es decir, que el mal será vencido y el hombre levantado de la caída. Es el primer anuncio del Mesías. De aquí que la debilidad de Adán y de Eva será llamada “feliz culpa”, porque nos ha merecido tan grande Redentor¹.

Abriendo los libros del Antiguo Testamento, advertimos cómo ya en ellos está impreso el preanuncio de la alegría por el perdón de Dios, por la gracia de la salvación. Desde la llamada de Abraham y la vocación de Moisés se percibe con mucha más claridad el propósito de Dios de no abandonar al hombre, de estar con él, de guiarlo y sostenerlo. En el capítulo 9 del libro del profeta Isaías, la promesa de un salvador hace saltar de júbilo al pueblo, porque “una luz brilló para él” (9,1), porque “una criatura nos ha nacido, un hijo se nos ha dado” (9,5), porque “he aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel” (9,14). Luego, Isaías invita al que participa de este júbilo a “socializar” la noticia: “Sube a un alto monte, alegre mensajero de Sión; clama con voz poderosa, alegre mensajero para Jerusalén” (40,9).

Y no deja de invitar a la creación toda a corear: “¡Aclamad, cielo, y exulta, tierra! ¡Prorrumpid, montes, en cantos de alegría!

¹ Cf. Liturgia de la Vigilia Pascual.

Porque el Señor ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se ha compadecido” (49,12). Es el regocijo del cual están impregnados los tiempos premesiánicos y mesiánicos, es el júbilo vivido por los profetas y transmitido al pueblo. Son exhortaciones que llegan al pueblo.

El profeta Zacarías, prefigurando la restauración de Jerusalén, invita a una general alegría por la esperada llegada del Mesías: “Exulta sin medida, grita de alegría, hija de Jerusalén, porque a ti viene tu Rey” (Za 9,9). Hasta el profeta Sofonías, que concentra su mensaje en el Día del Señor como día de venganza y de castigo por los pecados cometidos, y que amonestaba recordando que “cercano está el gran día de Yahvé” (So 1,4), él también, pensando en la restauración de Jerusalén, dice: “lanza gritos de gozo, lanza clamores, alégrate y exulta de todo corazón” (So 3,14).

Y aquí encontramos ya la armónica fusión del hombre con los demás y con Dios, que no puede sino producirle felicidad en su sentido más estricto, es decir, la alegría de Dios, la alegría espiritual.

La seguridad, sin embargo, de la presencia constante de Dios con su pueblo, se entrelaza a lo largo de la historia profética de Israel con las infidelidades y las debilidades, de modo que el gozo de la promesa el pueblo mesiánico lo vive, pero unido a su fragilidad. La alegría del pueblo de Abrahán es siempre amenazada, pero al mismo tiempo siempre renaciente.

“Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la Ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Ga 4,4-5). Llega así el tiempo de la “consolación” anunciado por el profeta Isaías en el capítulo 40,1 y en el

capítulo 66,13, que es precisamente el tiempo de la venida y de la presencia de Cristo en la tierra.

El gran gozo de este regalo de Dios, lo recibe como primera María de Nazaret con aquel “Alégrate”, al que ella responde con su *Magnificat*, el himno a la alegría en Dios y de Dios recibida. Es el gran gozo anunciado por el ángel a los pastores, a quienes les dice: “Os anuncio una gran alegría que lo será para todo el pueblo” (Lc 2,10), tanto para Israel como para para aquel otro pueblo que en el correr de los tiempos acogerá este mensaje: la Iglesia. También Juan Bautista, el último de los Profetas, el más grande entre los nacidos de mujer (cf. Lc 7,28), “saltó de gozo” en el seno de su madre (cf. Lc 1,44).

Jesús llega a este mundo para llevar a cabo la salvación, para reconciliar al hombre pecador con Dios, para hacerlo “partícipe de la naturaleza divina” (2 P 1,4). Jesús es, pues, portador de una buena nueva. Él es, en sí mismo, un regalo de Dios, su Padre, al hombre y aquí, podemos decir, encontramos el porqué de la insondable alegría que Jesús lleva dentro de sí y que les es propia. Llegando a participar de la naturaleza divina, cada criatura humana participa también de la alegría que conlleva la buena nueva: la alegría del Evangelio.

Todo el mensaje de Jesús está precisamente dirigido a transmitir esta alegría suya al hombre: una alegría no efímera, porque es la alegría del Reino donde la fidelidad será suprema y definitiva. No una alegría fácil, sino exigente, porque es la alegría que Jesús señala y que conduce a la fidelidad sin fin: las bienaventuranzas, alabadas por todos, pero tan difíciles de traducir en la vida diaria de cada uno. Es la alegría, parece una paradoja, que brota de la cruz, del valor del sacrificio ofrecido por amor, del compartir en este mundo la redención llevada a cabo por Él. Lo recalca el Papa Francisco: “El Evangelio, donde

deslumbra gloriosa la cruz de Cristo, invita insistentemente a la alegría” (EG 5).

Es la alegría de quien ve en Cristo muerto y resucitado un modelo a imitar, un camino de santidad en el Espíritu, que manifestado en Pentecostés se prolonga en la vida de la Iglesia. Es por ello que “la alegría del Evangelio que llena la vida de la comunidad de los discípulos es una alegría misionera” (EG 21).

La verdadera actitud de quien vive de fe es “aprender a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado cuando recibimos agresiones injustas o ingratitudes, sin cansarnos jamás de optar por la fraternidad” (EG 91). No se trata sin embargo, de preparar almas para el cielo, de buscar el sufrimiento por sí mismo. Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque están llamados a la plenitud eterna, porque Él creó todas las cosas “para que las disfrutemos” (1Tm 6,17). Está aquí el misterio de la alegría cristiana y su específico profundo sentido.

En un contexto social inmerso en lo efímero, en lo exterior, en lo inconsistente, en lo relativo, aferrado al dios del poder, del dinero, de una vida fácil y cómoda, hablar de la alegría en el Señor parece una dificultad bastante fuerte. Me es grato a este punto tomar las palabras de Su Santidad del Beato Pablo VI, que el próximo 14 de octubre será canonizado, junto con el Arzobispo Oscar Arnulfo Romero y con otros santos de la caridad, entre los cuales nuestra Nazaria Ignacia March. Las tomo precisamente de su Exhortación Apostólica *Gaudete in Domino* (1975), sobre la alegría cristiana:

La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. Porque la alegría tiene otro origen. Es espiritual. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con

frecuencia, sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza forman parte, por desgracia, de la vida de muchos. Esto lleva a veces hasta la angustia y la desesperación que ni la aparente despreocupación ni el frenesí del gozo presente o los paraísos artificiales logran evitar (GD 8).

Sin embargo, esta situación no debería impedirnos hablar de la alegría, esperar la alegría. Es precisamente en medio de sus dificultades cuando nuestros contemporáneos tienen necesidad de conocer la alegría, de escuchar su canto (GD 9).

A este propósito, el Papa Francisco afirma: “Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida” (EG 49).

Por esta razón, volviendo a las sabias indicaciones del Beato PabloVI contenidas en el n. 12 de *Gaudete in Domino*, estamos llamados a ser testimonios de la alegría del Señor y a ayudar a nuestros hermanos, sobre todo a los más necesitados de aliento e iluminación y, cómo nos exhorta él,

a aprender a gustar simplemente las múltiples alegrías humanas que el Creador pone en nuestro camino: la alegría exultante de la existencia y de la vida, la alegría del amor honesto y santificado, la alegría tranquilizadora de la naturaleza y del silencio; la alegría a veces austera del trabajo esmerado; la alegría y la satisfacción del deber cumplido; la alegría transparente de la pureza del servicio, del saber compartir; la alegría exigente del sacrificio. El cristiano podrá purificarlas, completarlas, sublimarlas: no puede despreciarlas. La alegría cristiana supone un hombre capaz de alegrías naturales. Frecuentemente ha sido a partir de estas como Cristo ha anunciado el Reino de los cielos (GD 12).

Y es así, Jesús empieza su vida pública, alegrándose con la alegría de unos esposos en Caná y llevando a ellos su propia alegría. Goza con la cercanía de los niños, con la contemplación de los lirios del campo, con la amistad sencilla con la gente, con la familiaridad de trato con sus discípulos y con el sentarse a la mesa con los pecadores. Qué preciosa forma de marcar cercanía en aquella invitación: “¡Vengan a mí los que llevan el peso de la fatiga, que yo les daré descanso!” (Mt 11,28), y en aquella compasión por la gente sencilla que lo sigue y que Él sacia en su hambre. Toda su enseñanza la hace con una catequesis accesible, con parábolas tomadas de la vida diaria, de la naturaleza que lo rodea.

“La alegría del evangelio llena el Corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (EG 1). La alegría en el Señor debe ser una constante en la vida de todo creyente. Es la alegría serena, comunicativa, testimonial de quien vive según el Evangelio de Jesucristo, de quien vive como Él, haciendo su voluntad. Este testimonio es la mejor catequesis, es la lección más directa para quien prueba el dolor, el desaliento, la privación de lo necesario, para quien siente el peso de una vida dura, muchas veces, sin sentido.

Resulta muy significativa la repetición en las tres Exhortaciones del Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, *Amoris laetitiae*, *Gaudete et exsultate*, del concepto de alegría (*gaudium*, *laetitia*, *gaudete*, *exsultate*) mediante palabras como gozo, alegría, felicidad.

El Papa es consciente de que las condiciones de vida se vuelven cada vez más duras y pesadas para todos, por eso se propone ayudarnos a no perder la alegría, el gozo, la felicidad,

la paz de la fe, convencido de que, en cualquier circunstancia o lugar, la alegría de la santidad es posible.

Como nos recuerda el Papa Francisco con su estilo directo e inconfundible, lejos de un “espíritu apocado, tristón, agriado, melancólico, o un bajo perfil sin energía. El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado” (GEx 122). Así que la alegría en el Señor debe hacer de cada uno de nosotros personas capaces de dejar que Él nos saque de nuestro “caparazón” y nos haga salir a proclamar cuán hermosa es la Buena Nueva de Jesús, su Evangelio, su vida, su muerte y resurrección. Y para ello no nos quiere ver “resentidos, quejoso, sin salida” (EG 2), ni “cristianos cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua” (EG 6), ni con “cara de funeral” (EG 10), ni tampoco “con cara de vinagre” (EG 85). Y haciendo eco a la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (1975) de Pablo VI, el Papa Francisco así nos alienta:

Recobremos y acrecentemos el fervor, “la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas, Y ojalá el mundo actual -que busca a veces con angustia, a veces con esperanza- pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del evangelio cuya vida irradiia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo” (EG 10).

Por ello él mismo afirma: “Agradezco el hermoso ejemplo que me dan tantos cristianos que ofrecen su vida y su tiempo con alegría” (EG 76). Con el corazón dirigido a la juventud, fuerza y esperanza de la Iglesia del futuro, y preocupación central del Sínodo del próximo mes de octubre, dice estas consoladoras palabras: “¡Qué bueno es que los jóvenes sean «callejeros de la

fe», felices de llevar a Jesucristo a cada esquina, a cada plaza, a cada rincón de la tierra!” (EG 106).

Les dejo para meditación personal y grupal todos estos contenidos, que hablan por sí solos de una vida santa, bienaventurada, dichosa. Porque la Buena Noticia, acogida en el corazón, transforma la vida. Con el Papa Francisco, inspirados en el Evangelio de Juan, en el capítulo 16,22, nos exhortamos mutuamente a reforzar siempre más la certeza de que “la alegría del Evangelio es aquella que nadie nos podrá quitar” (EG 84), y que es la que nos mueve, en cuanto misioneros del Amor de Dios, a “buscar el bien de los demás deseando la felicidad de los otros. Esa apertura del corazón es fuente de felicidad” (EG 272).

En nombre mío y de todos ustedes, deseo concluir estas consideraciones elevando a Dios una síntesis de las maravillosas invocaciones con las que el Papa cierra, como con broche de oro, su Exhortación *Evangelii gaudium*, que ha sido justamente la más importante fuente de inspiración para nosotros aquí, esta noche:

Virgen y Madre María.
Tú, llena de la presencia de Cristo,
Tú, que estremecida de gozo cantaste las maravillas del Señor,
Tú, que estuviste plantada ante la cruz
Y recibiste el consuelo de la resurrección;
Tú, Virgen de la escucha y la contemplación, Estrella de la nueva
evangelización,
ayúdanos para que la alegría del Evangelio
llegue hasta los confines de la tierra
y ninguna periferia se prive de su luz.
Madre del Evangelio viviente,
manantial de alegría para los pequeños,
ruega por nosotros. Amén. Aleluya.